

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Mónica Sánchez

“Historia breve de la mujer vendida como libro en Xalapa”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 64, abril-junio de 2023, pp. 22-24.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

HISTORIA BREVE DE LA MUJER VENDIDA COMO LIBRO EN XALAPA

Mónica Sánchez

Por extraño que parezca, en Xalapa suceden cosas que viran el curso bostezante de los días. Ayer, un forastero vestido de náufrago entró a la librería. No se percató de la presencia silente de ella.

Los parroquianos de Los Argonautas aún recuerdan que la mujer cubierta de salitre había llegado sola a Xalapa. Era curiosa: se había convertido en lo que observaba. Llovía chipichipi cada vez que abría los ojos. Por su singularidad, permanecía expuesta en la vitrina de

la librería como prueba irrefutable de que vivir es cambiar. Al respecto, no cabía otra lectura.

Quienes jugaban al ajedrez en el café vecino evitaban mirarla de frente. Desde hacía varios vendavales, habían aprendido que no era de buen augurio adorar a una reina derrocada. Sin embargo, los transeúntes más ociosos apoyaban sus frentes y narices sobre el cristal y aguardaban a verla impregnada de las cuatro estaciones: en un breve lapso, la mujer reverdecía ligeramente, resoplaba acalorada, decaía con una languidez otoñal y temblaba de frío (ella, de ser algo, era invierno y leña trepidante).

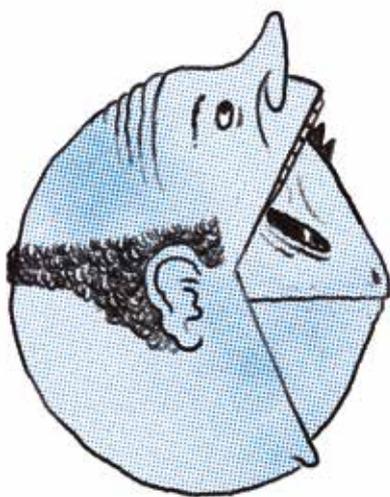
Aquella mujer ya no hablaba ni en su idioma ni en ningún otro. Dejaba pasar los días, mientras sus pupilas color celeste se hundían en ese tramo preciso de la ciudad. Desde su vitrina, buscaba obsesiva y pasivamente algún torbellino de hojas para cabalgar so-

bre ellas y escapar. A veces, alzaba la cabeza, extendía sus alas figuradas y se imaginaba deambulando por el cableado barroco que aun hoy cercena el cielo de Xalapa. Por lo tanto, conservaba cierta brumosa y empecinada hambre de libertad; también, un punzante hastío frente a los voyeristas que no hacían nada más que aferrarse a las rejas de la librería y estampar su vaho en ese cristal que los separaba de ella. Entonces, la mujer giraba su rostro con la altivez de los autómatas y leía con fruición el lomo de sus compañeros de encierro, los libros.

Los años corrían como un desfile de hormigas hambrientas por esos intrincados pasadizos secretos que urden el subsuelo. La mujer expuesta en la vitrina seguía humedeciéndose y aquejándose. No obstante, no renunciaba a ser eso que algún día fue.

Por extraño que parezca, en Xalapa suceden cosas que viran el curso bostezante de los días. Ayer, un forastero vestido de náufrago entró a la librería. No se percató de la presencia silente de ella. El librero (grande, monástico, hambriento de textos) agradeció al recién llegado sus preguntas eruditas y su olor a capital. Hubo entre ellos un duelo de títulos y ediciones, ráfagas babelianas de autores concatenados, un tormentón de datos libresco. Se intimidaron con una artillería de rarezas y curiosidades biográficas acerca de escritores decimonónicos con mostacho y escritoras de pseudónimo varonil.

Fuera caía pesadamente el telón de la niebla tupida, pero allá dentro las estanterías desordenadas rociaban de polvo y ácaros la madera combada. Según transcurrían las horas, se iban apilando más y más libros abiertos sobre el mostrador. La mujer se acercó al muro para escuchar con más niti-



dez los rifirrafes entre ambos por minucias tales como erratas persistentes o colofones engañosos. No hizo ningún ruido.

—En realidad —pronunció el extranjero—, entré aquí buscando el primer tomo de *Clelia, Historia romana*, de Madeleine de Scudéry.

—No me diga más —replicó el librero, mientras se amarraba su melena díscola en una coleta—: usted busca el grabado de François Chauveau que acompaña el texto. Lo que quiere es El Mapa de la ternura.

Asintió el atractivo visitante quien, por cierto, era corporalmente rígido e interiormente turbulento.

—Ya no se encuentran más que copias —aseguró el librero—, pero toda copia es buena para adentrarse por esos territorios ignotos. Muchos temen el Lago de la Indiferencia. Sus aguas están heladas.

—Y ella ¿quién es? —preguntó de repente el desconocido, cuando vio que la mujer descendía a la tarima y los observaba con extrema atención—. Huele a armario cerrado y a moho. Qué extraño ejemplar. ¿Es hermética?

—Lleva años expuesta en la vitrina. Nadie se decide a abrirla. La ojean desde la calle, pero nadie entra a preguntar por ella.

—¿Tiene historia?

—¿Quién no? Sin embargo, para serle franco, no he ahondado en el tema. Llegó un día soleado, consultó decenas de volúmenes en silencio, y se quedó. Se ha mimetizado con las estanterías polvosas y con el empedrado húmedo de la calle.

—¿Y cuánto cuesta...?

—Lo que usted tenga a bien. Últimamente, la he sentido más cetrina y esquiva, como si se estuviera deshojando y ya no tuviera ganas de simular lo contrario.

—¿La quiero!

—Excelente. Usted me libra del doloroso trance de guardarla en el almacén para, en unos años, expurgarla. Lo iba demorando, pero era inevitable.

Mientras decía lo anterior, pasó un plumero sobre la mujer, quien arrugó instintivamente la nariz. Por primera vez, el librero le acarició el pelo esponjado y recorrió con la punta de sus dedos las piernas de ella, dos sólidas raíces buscando un sustrato del cual nutrirse. En ese instante —el hombre sintió un ligero escalofrío—, lamentó no haberle prestado más atención, pero siempre había sido un caballero de palabra y el comprador ya había dejado en la alcancía un par de billetes y alguna moneda. Antes de que el cliente saliera con su nueva adquisición, la adornó con un moño azul prendido de la oreja izquierda.

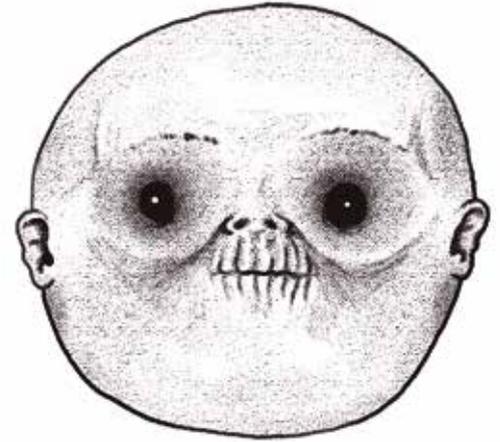
Cuando la mujer titubeante pasó por delante del café, un ajedrecista de los habituales desplazó su peón a la última fila. Entonces, la reina blanca se puso en pie, se sacudió el manto y se coronó sobre el tablero.

Por Xalapa, hombre y mujer vagaron por las calles empinadas, mientras el frío y la humedad roían a conciencia sus huesos. Desde el parque Juárez, noche, niebla y nubes impidieron apreciar la cima azucarada del Pico de Orizaba. Bajo la luz mortecina de cuatro farolas, el extranjero la miró y descubrió en sí el deseo de arrancarle la sobrecubierta y leer en su espalda desnuda la sinopsis de su historia.

—Te abriré en un motel de carretera —dijo él urgido por su predisposición a los amores impulsivos—, pero en uno que esté más cerca del mar. El frío de esta ciudad es insufrible. Alejarnos nos hará bien.

Ella asintió sin hambre.

El hombre abrió la portezuela de su coche y la acomodó en el



Por Xalapa, hombre y mujer vagaron por las calles empinadas, mientras el frío y la humedad roían a conciencia sus huesos. Desde el parque Juárez, noche, niebla y nubes impidieron apreciar la cima azucarada del Pico de Orizaba.

Esta vez, ella se bajó sola del auto, sin necesidad de que él le marcara el camino. Entró sin rodeos en una habitación escasamente iluminada. A él, la iniciativa de la mujer le puso de buenas. Tan pronto como cerraron la puerta, le quitó la sobrecubierta y ella se quedó desnuda.

asiento del copiloto. Ella se sentó con el lomo pegado al respaldo de piel y renunció al cinturón de seguridad. Salieron de Xalapa por la autopista cubierta de niebla. El hombre bajó la ventanilla, dejó atrás Rinconada y Tamarindo, y decidió no parar hasta que la humedad y el frío comenzaran a ser un recuerdo. Esto ocurrió poco antes del Puerto, frente al Monica Lewinsky, un motel de paso de nombre evocador para algunos.

Esta vez, ella se bajó sola del auto, sin necesidad de que él le marcara el camino. Entró sin rodeos en una habitación escasamente iluminada. A él, la iniciativa de la mujer le puso de buenas. Tan pronto como cerraron la puerta, le quitó la sobrecubierta y ella se quedó desnuda. En ese momento, la mujer recordó aquello que un día fue: divertida.

Esbozó un par de muecas, puso música muy ecléctica, bailó sin mucha coordinación sobre la cama, dejó olvidada la máscara

de autómatas bajo las sábanas ríspidas, se bebió de tres tragos una cerveza, saboreó los intersticios de las burbujas y se identificó con una, que ascendía hacia la nada con ganas de gozar. Él suspiró y le retiró el salitre pegado a buena parte de su geografía. Solo entonces, el hombre reconoció El Mapa de la ternura tatuado en el pálido cuerpo de la mujer. Se acostaron juntos en la cama. La urgencia del hombre se transformó en serena curiosidad. Se ajustó las gafas a la nariz, acarició detenidamente los pechos de ella e inició una lectura profunda y pausada que se prolongó la noche entera. **LPyH**

Mónica Sánchez (Madrid, 1970) es española de nacimiento, xalapeña por adopción. Ha publicado las novelas *La hija de Kafka* (El Andén, 2009) y *Zapatos rotos* (JP Libros, 2010); también, las colecciones de relatos *Hormiga blanca* (Ménades Editorial, 2019) y *El desorden interno* (Ambular, 2022).

